

MOLINAS Y PUIG,

EDITORES.

NOVELA DE COSTUMBRES.

ORIGINAL

— DE —

D. Juan Gonzalo de la Selva.

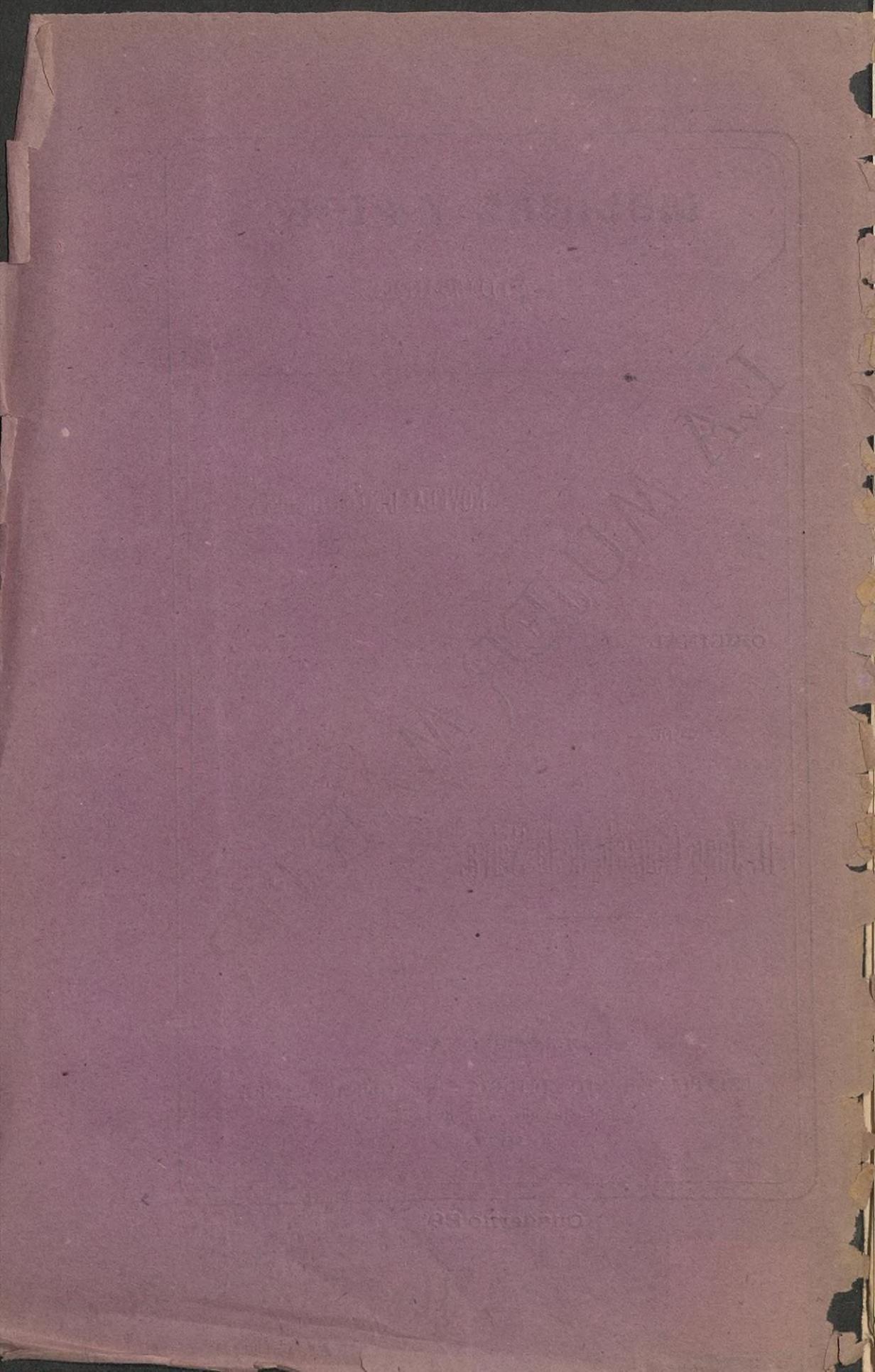
BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE MOLINAS Y PUIG,
calle de Muntaner, núm. 10, Eisanche.

1877.

Cuaderno ~~10~~ 23

L47
3240





—¿Á QUÉ DEBO EL PLACER DE VERLA Á V. AQUÍ, HIJA MIA?

CAPÍTULO XLIX.

Otra morada del crimen.

Después de atravesar varias calles y callejas, nuestros tres personajes se despidieron, y tomaron distinto rumbo; Pietro se fué solo por un lado, y Pedro Lopez y Adolfo por otro.

Estos últimos llegaron frente á una casa de la Rue-Pasquier, y Pedro Lopez dijo:

—Tendrá que molestarse breves instantes, pues quedamos en que ahí me dirían dónde había de ir á encontrarle.

Adolfo se mostró receloso.

Pedro Lopez observó en seguida:

—Comprendo que esto despierte en usted cierta desconfianza; pero siéndome imposible invitarle á que me acompañe, porque al verme con un desconocido nos habían de negar indudablemente la entrada, estoy dispuesto á dejarle la garantía que estime conveniente designar, como por ejemplo los documentos de seguridad.....

—Me basta su palabra—dijo Adolfo, tanto por un natural impulso de su proverbial caballerosidad, como por un cálculo prudente y sensato.

Pensó que por muchas garantías que pusiera á su disposición, de nada le servirían si quería pegársela.

—Soy el primero en confesar que en otra ocasión tal vez no me hubiese encontrado tan propicio—observó en seguida Pedro Lopez—pero en la actualidad, además del gran servicio que usted acaba de prestarme, sea ó no sea por interés particular, se trata para mí de una doble venganza por la cual haria todos los sacrificios imaginables.

—Grandes han de ser los motivos que usted tenga para ello.

—Más de lo que usted pueda imaginar.

—Hay cosas que parecen inesplicables.

—En efecto, pero cuando se conocen bien á fondo, se encuentran justificadas, como en este caso, que voy á referirle en las ménos palabras posibles.

Y Pedro Lopez pasó á enterarle de todos los detalles de lo ocurrido entre él, Manolo, el Lechuguino y Margarita.

Adolfo pensó sin duda que no habian hecho sino lo que él hubiese hecho en su caso; pero llevado de su particular interés, se manifestó asombrado en gran manera, y dijo:

—Aun como no intentaron sacarle á usted de en medio para que no pudiera en lo sucesivo darles un mal rato.

—Eso prueba que todos estamos espuestos á cometer á lo mejor un descuido—observó Pedro Lopez.

—Por lo mismo, es preciso siempre procurar ante todo atar muy bien los cabos en cualquier asunto, por insignificante que sea.

—Ya me servirá en adelante de norma. Pero observo que se nos hace tarde—añadió Pedro Lopez—y si no tiene usted inconveniente en esperar un breve instante, voy en seguida á ver el recado que me ha dejado ese hombre.

—Esperaré, puesto que no hay otro remedio—dijo Adolfo.

—Pues, hasta luego.

Y Pedro Lopez corrió sin detenerse á llamar á la puerta de la casa que antes le indicara, de una manera que daba á entender que era una seña de antemano convenida.

Como si le hubiesen estado esperando, aquella puerta no tardó ni un minuto en abrirse, y Pedro Lopez penetró en la misteriosa casa como lo hubiese podido hacer en la suya propia.

Adolfo fué á apostarse en el vano de una puerta de enfrente.

En contra de lo que tal vez creia, no tuvo que sentir la natural impaciencia del que espera, pues Pedro Lopez volvió á salir á los pocos momentos.

Adolfo abandonó en seguida su apostadero, para hacerse presente.

—Vamos—dijo Pedro Lopez tan pronto como se reunió con él.

Adolfo le siguió sin desplegar los labios.

Después de haber cruzado un sinnúmero de calles, llegaron á una estrecha y estraviada del barrio de la Gaité, y Pedro Lopez se detuvo delante de una casa, cuyo exterior estaba muy lejos de presentar las apariencias de lo que en su interior se escondía.

—Debo prevenirle—observó—que esto es un centro de reunion en el cual se encuentran á estas horas todos los personajes que se agitan en ciertas esferas de París, y que por consiguiente se ha de obrar con cierta precaucion, so pena de verse espuesto á ser envuelto en alguna funesta emboscada.

—No le comprendo á usted—dijo Adolfo.

—En el momento en que llegasen á apercibirse que usted no pertenecía á los de su clase—repuso Pedro Lopez—de seguro se confabularian algunos de los individuos aquí reunidos, temerosos de que se conspirase contra su seguridad, y positivamente nos darian un mal rato. Por consiguiente, no conviene que se dé usted por entendido de cuanto vea ú oiga, así como tampoco hacer la menor demostracion que pueda infundir recelo alguno ó llamar la atencion en cierto sentido.

—Esto último me parece bastante difícil—observó Adolfo—porque supongo que mi presencia ha de causar cierta impresion á Lucas Gomez, y ha de suceder por lo tanto lo que es natural.

—Ya me anticiparé yo á prevenirle.

—Eso es distinto.

—Por consiguiente, entro y salgo al momento.

—Corriente.

Pedro Lopez penetró en aquella cueva, guarida del crimen, y volvió á salir á los pocos instantes, diciendo:

—Ya podemos entrar.

—Adelante—contestó Adolfo.

Y atravesaron resueltamente aquellos umbrales, cuyo interior aspecto hubiese hecho retroceder á otro que no hubiera contado con la presencia de ánimo y con la poderosa fuerza de voluntad de nuestro jóven.

En un salon débilmente iluminado por la ténue claridad que le comunicaba una mala araña de cristal con cuatro mecheros, veíase

cierto número de individuos diseminados en distintos grupos alrededor de varios veladores, distribuidos en aquel local con cierto orden.

Á pesar de las apariencias de persona decente que á todos aquellos individuos les daba el traje que vestían, había una cierta cosa, ya en la fisonomía del local, ya en las maneras, en la facha, en el conjunto de aquella gente, que revelaba al primer golpe de vista lo que se ocultaba en su fondo, y por consiguiente, lo que podían dar de sí, todo lo malo que se podía esperar de ellos.

La presencia de nuestros dos personajes pareció pasar desapercibida, lo cual demostraba que Adolfo sabía tener en gran cuenta la advertencia que le hizo Pedro Lopez.

Así que puso los piés en aquel local, Adolfo paseó por todo su ámbito una rápida mirada, y distinguió á Lúcas Gomez, medio escondido en uno de los rincones más sombríos, y completamente aislado.

—Allí le tenemos—dijo Pedro Lopez indicando el sitio donde estaba aquel á quien aludía.

—Ya le veo—contestó Adolfo.

Y dirigiéronse hácia él sin decir otra palabra, y como si toda su vida hubiesen visitado aquella casa con la mayor frecuencia.

Lúcas Gomez les vió venir, y se dispuso á recibirles, preparándoles dos asientos.

CAPÍTULO L.

Recelos de un canalla.

Pedro Lopez no habia hecho sino prevenir á Lúcas Gomez que le iba á presentar á un individuo para tratar sobre cierto negocio importante que á los tres les convenia en gran manera, mas seguramente llevado de una particular idea, se habia abstenido de revelarle el nombre.

La idea de Pedro Lopez era sin duda debida al temor de que Lúcas Gomez se escamase y procurara evitar aquella entrevista, perjudicando con ello el interés que él verdaderamente tenia en que se realizase, ansioso de satisfacer la venganza que tanto deseaba.

Lúcas Gomez por su parte no reconoció á Adolfo, porque las condiciones en que éste se encontraba eran muy distintas de cuando le vió en la cueva que servia de guarida al Gato.

El traje y la barba sabemos que desfiguran por completo al individuo.

Además Adolfo estaba entonces herido, y por pocos que fuesen los sufrimientos de aquellas heridas, no dejaban de imprimir en su rostro patentes señales que le desfiguraban hasta cierto punto.

Lúcas Gomez le recibió por lo tanto con la mayor naturalidad y cortesía.

Pedro Lopez y Adolfo tomaron asiento en el velador que ocupaba Lúcas Gomez.

Éste llamó á uno de los dependientes de la casa, para que les sirviese lo que les apeteciera.

Pedro Lopez pidió que le sirvieran un ponche.

—El señor—dijo luego indicando á Adolfo—es la persona de quien hace pocos momentos te hablé.

Lúcas Gomez se inclinó cortésmente correspondiendo á la demostracion del presentado, y observó:

—Usted dirá lo que se le ofrece.

—Segun me ha manifestado este caballero—advirtió Pedro Lopez antes de que Adolfo tuviese tiempo de tomar la palabra—se trata de un asunto que reclama la mayor reserva.

—Me parece que en este sitio no podemos temer nada que á ello se oponga—observó Lúcas Gomez.

Pedro Lopez paseó una mirada en torno suyo, y dijo:

—No veo á nadie que pueda infundirnos recelo alguno; pero á veces bajo el que uno ménos imagina, se esconde un enemigo.

—En ese caso, podemos pedir la llave de un cuarto, si te parece—observó Lúcas Gomez.

—Mejor seria—dijo Pedro Lopez consultando con una mirada á Adolfo.

Este se encogió de hombros, manifestando que estaba conforme.

En otra ocasion tal vez se hubiese prevenido, recelando que aquello fuese un pretesto convenido entre los dos para armarle una encerrona; pero resuelto, como estaba, á arrostrar toda clase de compromisos con tal de conseguir sus propósitos, no vaciló en afrontar aquel nuevo riesgo, dado caso de que en efecto se ocultase alguna intencion dañada en la indicada precaucion de Pedro Lopez.

—Por consiguiente—añadió éste en seguida—puedes pedir esa llave cuanto antes, porque es bastante tarde, y además porque cuanto más pronto se arreglan las cosas, es mucho mejor. Por lo ménos á mí no me gustan las largas en ningun caso de la vida.

—Ya sabes que tampoco estoy por ellas—dijo Lúcas Gomez.

—Y al señor me parece que le sucederá lo mismo, por lo que he podido comprender esta noche—añadió Pedro Lopez.

—Nunca he tenido carácter para esperar mucho tiempo—dijo Adolfo.

—Eso queda para los caracteres del Norte, para los alemanes ó

los ingleses, por ejemplo—concluyó Pedro Lopez—no para los hijos del Mediodía, y particularmente para los españoles.

—Es una verdad de a folio—dijo Adolfo.

El dependiente á quien le habian pedido los ponches, vino á interrumpirles.

Lúcas Gomez le pidió la llave de uno de los cuartos reservados de la casa.

El dependiente dejó los ponches sobre el velador, y corrió sin detenerse en busca de lo que se le acababa de pedir.

Pedro Lopez y Adolfo, siguiendo su ejemplo, apuraron en dos tragos aquella bebida, y dijo en seguida el primero:

—¿Vamos?

—Cuando ustedes gusten—contestó el segundo.

Lúcas Gomez se levantó, obedeciendo á un signo de Pedro Lopez, y hechó á andar en direccion á las habitaciones interiores de aquel local.

Luego se perdieron en un corredor estrecho y oscuro que daba varias vueltas y revueltas, dividiéndose y subdividiéndose en una infinitud de pasadizos, que formaban una intrincada red como la de un laberinto.

Aquellos corredores estaban únicamente iluminados de trecho en trecho por una miserable lamparilla que apenas les comunicaba la suficiente claridad para distinguir los objetos, una claridad como la que le presta al interior del solitario templo la débil luz de la mezquina lámpara que durante la noche arde medio escondida en el altar de abovedado claustro.

Sin embargo, se conocia que Lúcas Gomez tenia tan por la mano aquel difícil recinto, que no hubiese necesitado para recorrerle aquella pobre luz que le alumbraba.

A pesar de su valor y sangre fria, Adolfo caminaba con cautela, estando siempre alerta á lo que pudiese sobrevenir, y al efecto, no permitiendo aquellos corredores dos á la par, habia procurado con el mayor disimulo quedarse el último.

Por fin llegaron á un punto en cuyo fondo habia una puertecita baja y estrecha.

Lúcas Gomez se detuvo, metió la llave en la cerradura de aquella puerta, y penetraron en un aposento exornado y amueblado con tal gusto y riqueza, que formaba el más completo y singular contraste que pueda darse con lo demás de aquel local que habia recorrido.

—Seguramente se habrán creído que veníamos aquí á celebrar alguna fiesta—observó Adolfo.

—Es en efecto este aposento donde suelen celebrarse—dijo Lúcas Gomez—pero no nos lo han facilitado porque hayan creído que nosotros íbamos á hacer otro tanto, sino porque saben que cuando se me ocurre alguna cosa como la de ahora, me gusta que se me sirva bien, y esto es sin duda lo mejor y más retirado de la casa.

Y esto diciendo, volvió á cerrar la puerta, y observó:

—Ahora ya podemos hablar sin recelo de ninguna especie.

—Es lo que nos conviene—dijo Pedro Lopez.

Adolfo paseó por el local una mirada investigadora.

—No hay más que esta puerta secreta—observó Pedro Lopez—de la cual no creo que pueda utilizarse nadie más que nosotros, en caso necesario, que somos dueños del único resorte por medio del cual se abre, como usted verá.

Y Pedro Lopez se dirigió á un magnífico espejo de cuerpo entero, hirió el indicado resorte, perfectamente disimulado entre las molduras del marco dorado en que se hallaba encerrada la luna, y corrióse ésta, quedando en su lugar el vano de una puerta que comunicaba con un corredor oscuro como una boca de lobo.

Aquella luna era una plancha de acero bruñido, que se confundía con el mejor cristal azogado de Venecia.

Estaba superpuesta á otra plancha de hierro de tres dedos de espesor, de modo que ofrecía una resistencia á toda prueba.

Ante un testimonio como el que Pedro Lopez acababa de darle con semejante revelacion, Adolfo debía mostrarse casi completamente confiado, y en su consecuencia dijo:

—Por la accion que acaba usted de hacer, colijo que en efecto le ha ocultado al señor quien soy, puesto que hasta ahora no ha manifestado reconocirme, y creo que ha llegado el momento en que me le descubra, para que sepa con qué clase de persona trata, y á qué ha de atenerse.

Lúcas Gomez se mostró asombrado y confuso, comprendiendo que este modo de espresarse encerraba algun enigma, y no acertando á esplicárselo.

Este detalle acabó de convencer á Adolfo de la buena fé de Pedro Lopez.

—El cambio que se ha verificado en mi persona—añadió Adolfo, despues de breves instantes—ha sido por lo visto causa de que usted

no me haya reconocido aun; pero á pesar de eso, supongo que no habrá olvidado el nombre del que le ayudó á descifrar ciertos geroglíficos en la cueva del Gato.

Lúcas Gomez dió un brinco hácia atrás, exclamando:

—¿Adolfo Guzman de Haro!

—Justamente—dijo con la mayor naturalidad el jóven.

—¿Luego tú?...—quiso observar Lúcas Gomez, dirigiéndose á Pedro Lopéz, sin acertar á salir de su estupor.

—Yo sabia lo que habia de suceder si te revelaba el nombre del sugeto—interrumpióle éste último—y me abstuve de hacerlo, por lo que me convenia.

—Esto quiere decir.....

—Que nos conviene á los tres lo que el señor desea.

—Sin embargo—replicó Lúcas Gomez, mostrándose receloso—yo creo, por el contrario, que mis intereses no se han de avenir con los del señor, que están completamente reñidos.

—No lo considero yo así—dijo Pedro Lopez—por cuanto viene á proponerte una alianza.

—¿De parte del Gato?—observo Lúcas Gomez con ironía.

—No, de parte suya—dijo Pedro Lopez.

—El señor no puede merecerme confianza de ninguna clase, puesto que en pos de él he de ver siempre la figura de mi mayor enemigo, del infame bandido que cometió la perversidad de sujetarme á un terrible martirio.

—Tenga usted la bondad de no producirse delante de mí en tales términos—advirtió Adolfo con toda moderacion.

—¿Piensa usted que estamos aquí aun en aquella cueva?—interrogó Lúcas Gomez con cierta actitud y entonacion provocativas.

Adolfo hizo un esfuerzo por contenerse.

—Pedro Lopez se apresuró á observar:

—Aquí hemos venido de paz, y no parece sino que te hayas propuesto provocar la guerra á todo trance.

—Por lo que voy viendo, esto es una verdadera traicion—dijo Lúcas Gomez.

—Te suplico por última vez que hables con más comedimiento—advirtió Pedro Lopez—pues ningun motivo tienes hasta hoy para dudar de mi lealtad, siendo así que debes tener conciencia de no haberla usado tú siempre conmigo.

El tono y la seriedad con que el interlocutor pronunció estas úl-

timas palabras causaron cierto efecto en Lúcas Gomez, que quedó como perplejo y hasta cierto punto temeroso.

—Por consiguiente—repuso Pedro Lopez—dejémonos de evocar ninguna clase de recuerdos, dejemos aparte por completo lo pasado y fijémonos en lo que ahora aquí nos ha reunido.

—Debias haberme hablado claro desde el primer momento—observó Lúcas Gomez.

—Te manifesté lo principal, esto es, que se trataba de un asunto que nos interesaba en gran manera—dijo Pedro Lopez, reservándome para la ocasion oportuna lo que muy cuerdamente consideré conveniente; por lo tanto vamos al grano y dejémonos de una vez de enojosas razones que en este momento no son del caso ¿Quieres ó no quieres entrar en esa alianza en la cual creo que corro yo tanto riesgo como tú, y que tanto como á mí te interesa?

Lúcas Gomez se mostró indeciso.

—¿Qué dices?—interrogó Pedro Lopez despues de breves instantes.

—Francamente, no acierto á resolverme—contestó Lúcas Gomez.

Pedro Lopez se le quedó mirando con cierta fijeza, y despues de algunos minutos, dijo:

—Hablemos con completa franqueza, y deslindemos de esta vez para siempre la situacion en que nos hallamos colocados á consecuencia de la infamia que sabes se cometió conmigo, de nuestro respectivo comportamiento en varias ocasiones, y de la casualidad que ha hecho que tropezara con el señor, á quien sin duda le debo desde esta noche la vida.

Lúcas Gomez hizo una sensacion, y luego contestó:

—Hablemos.

—Primero te hablaré como buen amigo—observó Pedro Lopez—despues, si me pones en el caso, obraré como merezcas.

—Esto supone una amenaza.

—No supone sino una simple advertencia.

—Nada, pues veamos de qué se trata.

—Voy á explicarme.‡

Y Pedro Lopez hizo una pausa como para pensar por donde dar principio á lo que se proponia esponer.

Los tres quedaron en silencio.

CAPÍTULO LI.

Entre la espada y la pared.

La situación de aquellos tres personajes era respectivamente bastante embarazosa, y cada uno de por sí deseaba salir cuanto antes de ella, por lo cual reflejábanse en sus semblantes cierta interior impaciencia que en vano procuraban disimular.

Pedro Lopez dió por fin principio á su esposicion en los siguientes términos:

—La cuestion que nos ocupa, me atañe en primer término á mí, por la sencilla razon de que yo he sido el verdaderamente perjudicado de una manera lastimosa por los que hoy llevan el título de marqueses del Peral, y disfrutan de la inmensa fortuna anexa á ese título.

Lúcas Gomez hizo un movimiento de sorpresa.

—El señor—prosiguió Pedro Lopez—interesado por otra parte en esa cuestion, despues de haberme prestado un servicio, como antes dije, de gran consideracion, me propuso ponernos en inteligencia para aplastar á los canallas que tan vilmente procedieron conmigo, estableciendo para ello bases y condiciones para llevarlo á cabo en beneficio nuestro, y al propio tiempo de la persona lastimada en sus legítimos intereses.

—Justo—apoyó Adolfo.

—Creo haber interpretado fielmente la mente de usted—observó Pedro Lopez.

—De la manera más completa—dijo Adolfo.

—Por lo tanto—repuso Pedro Lopez—como en esto no puede haber ninguna clase de patraña, por más que tú supongas lo que te dé la gana allá en tu fuero interno, quedas en completa libertad de decir si te conviene ó no, con la única salvedad, de que si no te encuentras en disposicion de prestarnos tu cooperacion, estimaria que me hicieses el favor de facilitarme algunos datos de los que obran en tu poder, salvados milagrosamente del naufragio, como repetidas veces me has manifestado.

—La exigencia no deja de ser algo violenta—observó Lúcas Gomez.

—Sin embargo, á mí por el contrario me parece muy natural, muy justa, puesto que se trata de una cosa respecto á la cual no tienes derecho alguno.

—En cuyo caso nos encontraremos los dos en igualdad de circunstancias.

—Pero media una persona que está autorizada para representar á la legítima dueña.

—Sin embargo, no sé si debo reconocer ó no la representacion de esa persona.

Adolfo dejó asomar á sus labios una sonrisa poco tranquilizadora.

Pedro Lopez habia tenido ocasion, como sabemos, de poder apreciar ciertas condiciones de las que caracterizaban á nuestro jóven, y comprendiendo lo que significaba aquella sonrisa, se apresuró á decir:

—Por fin, te aconsejo, amigo Lúcas Gomez, que seas razonable y procures ver de qué modo podremos entendernos.

—Si pretendes abusar de la situacion en que á causa de mi buena fé me he colocado, no es necesario que te valgas de tantas estrategias—observó Lúcas Gomez.

—Si tal hubiese pretendido rato há que hubiera podido obrar de otro modo. Por otra parte—añadió Pedro Lopez calcando las palabras de una manera siniestra—no ignoras que me sobran recursos para aplastarte el dia que se me antoje, lo cual no haré si tú no eres el primero en faltarme.

Lúcas Gomez se éstremeció, exclamando:

—¡Oh! en ese caso veríamos el que saldría perdiendo.

Pedro Lopez se sonrió irónicamente y dijo:

—Sin embargo no lo intentarás.

—Nada más que me pongas en el caso de hacerlo.

—Mañana mismo, si antes de salir de aquí no me entregas esos datos que necesito y las garantías consiguientes á la cuestion que nos ocupa.

Lúcas Gomez dejó escapar un rugido de rabia de su agitado pecho.

Pedro Lopez repuso con la mayor flemma:

—Vamos, sé cuerdo y avente á la razon. Podrias mostrarte rebelde y terco cuando se tratara de perjudicarte; mas ahora que, por el contrario, estamos, lo mismo el señor que yo, dispuestos á darte todas las garantías que creas convenientes, haciéndote participe de lo que no tienes derecho alguno á obtener, es una valiente tontería lo que pretendes.

—El hecho es que el señor.....—murmuró Lúcas Gomez refiriéndose á Adolfo.

—El señor—interrumpióle Pedro Lopez—ha estado hasta ahora demasiado prudente; porque la verdad es que ni tú ni yo estamos en el caso de poder reclamar lo que no nos pertenece, y lo que hacemos en este momento es poner más de relieve nuestra criminalidad.

—Sin embargo, hasta ahora no ha salido ni una sola palabra de mis labios en este sentido—observó Adolfo—á pesar de haber tenido motivo suficiente para ello; puesto que, á la verdad, se necesita mucha audacia, mucho cinismo para atreverse á ostentar las pretensiones del señor Lúcas Gomez, el cual debiera desde el primer momento haberse mostrado en mi presencia de otra manera muy distinta; de la manera que debe mostrarse el criminal ante el juez: implorando misericordia.

El tono y la actitud con que nuestro jóven pronunció tales frases, hicieron estremecer á aquel miserable, á pesar de la desvergüenza y la audacia que hasta entonces habia mostrado.

—Tiene muchísima razon este caballero—apoyó Pedro Lopez—ni tú ni yo estamos en derecho para hacer reclamacion alguna respecto á una cuestion en la cual hemos sido delincuentes, y tú principalmente criminal hasta un punto inconcebible, como es sabido de todos los que estamos enterados de la historia de la pobre jóven á quien ese titulo y herencia pertenecen.

—Esa digna franqueza—dijo Adolfo—le coloca á usted á una gran altura, y le absuelve en cierto modo de la culpa que directa ó indirectamente haya tenido en esa perversa usurpacion.

Lúcas Gomez se encontraba colocado entre la espada y la pared, y por consiguiente, en el imprescindible caso de tener que ceder, si no de buen grado por fuerza, á las exigencias por todos conceptos justísimas que se le habian hecho desde un principio.

Sin embargo, la perversidad de que se hallaba poseido le hacia todavía mostrarse poco dispuesto á ceder ni un átomo de la presa que habia creído no podía escapársele de las garras.

—Por fin, es preciso que te decidas cuanto antes, pues no estamos para perder tiempo—observó Pedró Lopez—en la inteligencia que debes todavía apreciar las consideraciones que te se tienen, pues bien sabes que está en nuestra mano el acudir á otros medios por los cuales quedarías completamente desposeido de todo eso y sujeto á una accion criminal ante los tribunales.

Lúcas Gomez se mostró aun indeciso, pero á los pocos instantes dijo:

—Veamos qué condiciones son las que se establecen.

—Primera y principal—espuso Adolfo—yo me comprometo y me obligo á darle á usted una cantidad equivalente á la cuarta parte de la fortuna perteneciente al marquesado del Peral, si usted se obliga á ayudarme con todos los datos y antecedentes que obran en su poder y pueda adquirir en lo sucesivo, y se somete á mis instrucciones para conseguir probar ante los competentes tribunales la usurpacion de que se trata.

Lúcas Gomez se mostró vacilante, y por último dijo:

—Me parece que es poco lo que se me ofrece, y mucho lo que se me exige.

—Yo creo por el contrario que es más de lo que te mereces lo que te se da—replicó Pedro Lopez—pues me atengo á lo que antes dije.

—Se conoce que estás muy predispuesto en contra mia.

—Prueba que tú me has dado motivos para ello.

—No sé cuando.

—Tú te haces siempre el desentendido en lo que te conviene.

—Será que en estos momentos no lo tengo presente.

—Cuando precisamente debieras tenerlo, porque no me refiero á otra cosa sino á la conducta que has observado esta noche.

—Tú en mi lugar quizás hubieses hecho lo mismo.

—Yo en tu lugar hubiese desde el primer momento respetado lo que tú hubieras hecho, mayormente mediando las circunstancias que median.

—El señor.....

—El señor bastaba que viniera conmigo.

—Tú pudieras ser víctima de algun engaño.

—En este caso no cabia engaño de ninguna especie.

—Sabes por otra parte de la manera que el Gato ha obrado conmigo.

—Debe usted reconocer la sobrada razon que para ello le asistia —observó Adolfo—pero á pesar de eso, puesto que se ha dicho que echemos tierra sobre lo pasado, yo me comprometo bajo mi palabra de honor, á que el Gato olvide todo lo que entre ustedes ha sucedido.

—No sabe usted si él accederá.

—Me atreveria á asegurarlo desde este momento, pues hemos de convenir en que no hay quien le gane en generosidad y nobleza.

—Pero á mí me juró.....

—Por mí hará eso y mucho más, amen de que obrando usted de ese modo, se vindicaria de la mala pasada que en realidad le hizo.

—Por acudir al auxilio del que creia que era mejor amigo de lo que lo es.

—Dí que porque así te convino—observó Pedro Lopez dándose desde luego por aludido—además de que hasta hoy no puedes quejarte de mi amistad, mientras que si íbamos á cuentas, yo tendria mucho que hablar sobre la tuya.

Lúcas Gomez fué á replicar; pero Adolfo, que deseaba salir cuanto antes de aquella situacion y saber una cosa decisiva, se interpuso diciendo:

—Últimamente, ¿quedamos?....

—De tí depende—observó Pedro Lopez, dirigiéndose á Lúcas Gomez.

—Por fin, lo dejo á tu arbitrio—dijo este último.

—Entonces, quedamos convenidos en que mañana nos reuniremos donde tenga usted por conveniente designar—espuso Pedro Lopez—fijaremos las consiguientes bases, y determinaremos todo lo necesario para emprender nuestra nueva campaña.

Adolfo se sacó una tarjeta, y observó:

—Aquí me encontrarán ustedes mañana á la hora que mejor les convenga.

—De doce á una—dijo Pedro Lopez—¿te parece bien?

—Corriente—contestó Lúcas Gomez.

Desde aquel momento quedó verdaderamente terminada aquella escena.

Poco despues, los tres volvian á recorrer en sentido inverso aquella red de intrincados y sombríos corredores, se lanzaban á la calle, y se despedian hasta el dia siguiente á la hora convenida.

CAPÍTULO LII.

Un nuevo conato de un infame.

Mientras sucedía en la antigua ciudad de Clodoveo lo que se acaba de referir, los insignes marqueses del Peral, los ruines usurpadores de aquel título y aquella fortuna, se entregaban en Madrid á todas las expansiones que su posicion les permitía, por más que continuaran entre ellos las consabidas disensiones, que por cierto se agriaron mucho más con el viaje del marqués á la Coruña.

Sin embargo, aquel viaje no tuvo las consecuencias que hubiese tenido si no se hubiera interpuesto la cuestion política, que así como trastornó el orden de las instituciones, dislocó de rechazo los planes de la marquesa.

Ésta, debido á tal circunstancia, que fué la causa principal de que se viera privada del que contaba como su primer elemento de accion, y á consecuencia además de la constante vigilancia y el descubrimiento de Manolo, se encontró de pronto aislada, y no tuvo más remedio que paralizar sus hostilidades, aguardando, no obstante, que volviesen á mejorar los tiempos.

De manera que aquel nuevo mal paso del marqués, como ella decía, quedó por entonces del todo impune.

El marqués, al regresar de la Coruña, se encontró con la falta de su secretario, que había desaparecido de la noche á la mañana sin

saber darle nadie razon de la causa de aquel hecho, á pesar de que Manolo la atribuyó á lo que él habia conseguido descubrir; esto es, que no era el sugeto que hasta entonces habia fingido, que tanto él como la doncella de la marquesa llevaban un nombre supuesto, y estaban en secreta inteligencia.

Esto tuvo que hacerle cierto eco al marqués que, como no tenia la conciencia tranquila, se alarmó en gran manera, temiendo se trama-se alguna intriga contra él, en la cual en tal caso pensó que habia de estar metido el brigadier don Manuel Martinez de Mendoza, por lo que se alegró en sumo grado de que el cambio político que acababa de verificarse le hubiese llevado fuera de España.

Sin esta última circunstancia, tal vez el marqués hubiera creido desde luego conveniente trasladar sus reales al extranjero, para huir de la quema que de un momento á otro pudiera amenazarle.

Por otra parte, además del amor patrio, influyó tambien sobremanera en que el marqués no tomara la determinacion de abandonar la córte de España, el tenaz empeño respecto á Elvira, que con lo que le sucedió en la Coruña habia tomado mayores proporciones, y el deseo de venganza que con motivo de aquellos hechos hervia en su pecho.

La precipitada y oculta partida de aquel punto, del que era blanco de aquella venganza, impidió que pudiese llevarla á cabo allí mismo, conforme tenia ya dispuesto, y á pesar del estado en que le puso la herida del cuello, cuya cicatriz conservaba, emprendió su regreso á la córte el mismo dia que supo aquella partida en direccion á la villa del oso y el madroño.

Ernesto Alvarez, tan pronto como tuvo arreglado su equipaje, y se hubo puesto de acuerdo con Adela, á la cual le costó muy poco inclinar el ánimo del cándido Eduardo á lo que ellos deseaban, aprovechó la salida del primer buque para uno de los puertos del Mediterráneo que le ofrecian mayores ventajas para trasladarse á la coronada villa, tomó pasaje en él, y antes de que nadie llegase á aperci-birse, abandonó la Coruña con todas sus armas y bagages, como suele decirse.

Esto le causó al marqués el despecho, la ira que es de suponerse, y en la imposibilidad de poder seguirle por mar, como hubiese hecho por tierra, se puso inmediatamente en marcha hácia la córte, adonde sabia que se dirigian, por el camino más corto.

Cuando Ernesto Alvarez llegó á Alicante, que era el puerto adon-

de se dirigia el buque, en el cual salió de la Coruña, se encontró con la revolucion.

Lo primero que hizo fué presentarse á la Junta revolucionaria para ofrecerla sus servicios, como acostumbra á hacer los militares de puro medro personal, que por desgracia abundan tanto en nuestros dias.

La Junta aceptó sus ofrecimientos, designándole un puesto en las fuerzas puestas á sus órdenes.

Esta circunstancia le detuvo algunos dias en aquella ciudad hasta tanto que entraron las cosas en su estado normal.

Una vez constituido el nuevo gobierno y restablecido el orden, Ernesto Alvarez pidió el certificado de ordenanza á dicha Junta, que se le libró en los términos más pomposos y satisfactorios.

Pertrechado con aquel documento, Ernesto Alvarez decidió proseguir su viaje á la córte, aunque aprovechando antes la circunstancia de encontrarse cerca de la comarca, donde, como sabe el lector, radicaban las principales fincas del patrimonio de Elvira, para poner en práctica un infame proyecto que á consecuencia de aquel cambio de situacion y de la vehemente pasion que habia conseguido inspirarle la perversa Adela, concibió desde el primer momento en que puso sus plantas en Alicante.

Una vez se hubo despedido de la Junta revolucionaria, y dispuesto se hicieran los preparativos para el viaje, dijo á Elvira:

—Ya que estamos aquí, podríamos aprovechar la oportunidad.

—¿Para qué?—interrogó Elvira.

—Para hacer una visita á tus fincas, que por lo que se infiere de lo que escriben los arrendadores, han de necesitar algunos reparos.

—No me disgustaria ver, no solo mis tierras y la comarca de la cual tan gratos á la par que tristes recuerdos conservo, sino mis parientes y amigos; pero hay un inconveniente.

—¿Qué inconveniente es, que yo no acierto ver?

—El inconveniente de los trastos, equipaje y demás que llevamos.

—No creo que sea tan difícil salvarse.

—¿De qué manera?

—Muy sencillamente, enviando al asistente y á la muchacha con todo ello, con la orden de que busquen interinamente casa, y nos la tengan preparada para cuando vayamos, lo cual nos proporcionará además la ventaja de evitarnos un sinnúmero de molestias, como son las de tener que ir á parar á una fonda, ó casa de huéspedes, etc.

—En parte no dejas de tener razon.

—Á mí por lo ménos me parece hasta conveniente.

—Pues como quieras.

—Nada, queda decidido: mañana ó pasado mañana á más tardar, el asistente y la muchacha saldrán para Madrid con todos los chirimbolos, y nosotros para Elche.

Inmediatamente se dispuso todo lo necesario para llevar esto á cabo, y á los dos dias se ponian en marcha, los unos para Madrid, y los otros para Elche.

Elvira estaba muy lejos de imaginar las perversas ideas que se agitaban en la mente del hombre que llevaba el título de esposo suyo, y por consiguiente el de padre de sus hijos.

Á pesar de los desengaños que de él habia recibido, sin embargo de cuanto le habia probado su conducta para con ella, por muchos conceptos depravada, no obstante de los hechos que podian presentarle ante sus ojos con toda su desnudez, Elvira, dotada de las relevantes condiciones morales que repetidas veces hemos indicado, no podia de ninguna manera sospechar que existiese tanta maldad en el fondo de aquella naturaleza.

El proyecto concebido por aquel miserable pertenecia al órden de lo inconcebible, ó por lo ménos nadie que piense y sienta como nuestra desventurada jóven fuera capaz ni siquiera de imaginarlo.

Elvira se puso en camino con la mayor alegría, llena su alma de sincero gozo porque iba á ver aquel suelo que tan gratos recuerdos para ella encerraba; á aspirar las brisas que habian oreado sus rubios cabellos de ángel; á calentarse al rayo de aquel mismo sol que habia prestado calor á su cuna; á contemplar aquel cielo que habia recogido sus primeras oraciones; á reanudar, en una palabra, sus primeras amistades, y á estrechar aquellos primeros lazos que constituyen como el primer eslabon de la cadena de la vida.

¡Poco sospechaba la infeliz lo que habia de sucederle, el nuevo y agudísimo dolor que antes de llegar á tener las satisfacciones que creia, habia de abrir una nueva y profunda herida en su alma!

CAPÍTULO LIII.

Un salvador providencial.

Al principio del viaje Ernesto Alvarez se mostraba risueño y complaciente, dando á entender que participaba de los mismos deseos y los mismos sentimientos que su esposa, cuyo júbilo se trasmitia á la niña que llevaba en sus brazos.

Para hacer con más comodidad el camino, habian alquilado uno de esos carruajes tan en uso en el país, conocidos con el nombre que en otro lugar creemos haber indicado.

Durante el trayecto que media desde Alicante á cierto punto, donde en aquella época se levantaba un casuchon medio arruinado, distante como cosa de un cuarto de hora de Elche, en el cual se hallaba á la sazón establecido un ventorrillo, nada de particular ocurrió entre nuestros viandantes que merezca la pena de ser consignado.

Al llegar á aquel casuchon, Ernesto dijo:

—Podíamos apearnos aquí, despedir la tartana, y tirar campo á través, en busca de la finca que tenemos por esta parte, donde podríamos descansar, quedarnos allí esta noche para ver lo que se necesita hacer en ella, que segun el arrendador es tan urgente y de tanta conveniencia, y mañana á primera hora iríamos á la poblacion.

—No me parece mal pensado—contestó Elvira con la mayor can-

didez—y por cierto que estoy segura que se alegrarán mucho, pues, como sabes, esa buena gente casi me ha visto nacer.

—Por lo mismo.

—Entonces, paga á ese hombre, y vamos andando.

Ernesto mandó al tartanero que parase.

El tartanero obedeció inmediatamente la órden, y nuestros viajeros se apearon.

Ernesto invitó al hombre á tomar alguna cosa y beber un trago, le dijo lo que habian decidido, le satisfizo el importe del pasajé, y se despidieron.

El tartanero se quedó en la venta para dar un pienso á su rocin, y Ernesto Alvarez cogió su saco de noche, como Elvira el suyo, y echaron á andar, llevando esta última á la niña de la mano, en direccion al punto donde estaba situada la finca que indicaron.

Era la primavera, y serian sobre las seis de la tarde.

Ni Ernesto Alvarez, ni Elvira se habian apercebido de que al apearse de la tartana, un hombre de ciertas trazas cruzó cautelosamente por detrás de unas tapias medio derruidas, contiguas á la venta, y quedóse al verles parado en cierto punto medio oculto, con su mirada fija en ellos como si procurase reconocerles.

Aquel hombre, así que se pusieron en marcha, abandonó su escondite, por decirlo así, y tomando por un lado de la vereda que llevaban, fué siguiéndoles á cierta distancia, teniendo buen cuidado de ocultarse por entre la maleza y los árboles.

La finca adonde se dirigian distaria como cosa de media hora, y estaba metida en una espesura de una de las ramificaciones de Sierra Morena, que se estienden hasta aquella comarca.

El terreno era bastante quebrado, y pronto perdiéronse por aquellas sinuosidades, pobladas de bosque y de malezas.

Al llegar á cierto sitio donde el suelo formaba como una especie de plazoleta, ó más bien, glorieta, rodeada de breñas, de arbustos y de ramaje, Ernesto Alvarez se detuvo, y dijo:

—Este sitio nos convida á descansar; por consiguiente, hagamos un momento alto, pues aun es temprano.

El sol caminaba á su ocaso.

—No es la primera vez que he pasado aquí algunos buenos ratos en alguna de las escursiones campestres de mi infancia—observó Elvira con la mayor sencillez.

—Yo me alegro mucho de haberte acertado el gusto.

Y esto diciendo, Ernesto Álvarez se subió á una peña que dominaba aquellos sitios, lanzando una mirada escudriñadora en torno de ellos, por ver seguramente si se descubría alguien.

Elvira estaba distraída, haciendo caricias á su niña.

Ernesto Álvarez bajó á los pocos momentos de la peña, dirigióse pausadamente hácia donde estaba sentada Elvira, se detuvo delante de ella, y dijo:

—El sitio nos convida á que tratemos de una cuestion que me interesa.

En el tono con que pronunció estas palabras, ó en la mirada siniestra que seguramente despidieron sus ojos, Elvira vió cierta cosa que infundióle el mayor sobresalto, y estrechando contra su seno á la niña, contestó:

—Y seguramente para esto me has traído á descansar en este sitio.

—Verdaderamente—dijo Ernesto Álvarez con el mayor descaro, y de una manera que debia infundir sérios recelos.

—Entonces puedes esplicarte.

—Necesito que me firmes este documento.

Y Ernesto Alvarez sacó un papel de su cartera, presentándoselo á su infeliz esposa con el mayor cinismo.

Elvira lanzó un grito de sorpresa y de indignacion.

Ernesto Alvarez dejó asomar á sus labios una diabólica sonrisa, y dijo:

—Es inútil todo cuanto hagas, pues estamos solos, alejados del mundo y sin que nadie pueda venir á prestarte auxilio.

—Sin embargo hay una Providencia—observó Elvira con conmovido acento—una Providencia á cuya penetrante mirada no se escapan los hechos más ocultos.

Ernesto Alvarez soltó una sarcástica carcajada.

—Puedes reírte Ernesto—añadió Elvira—puedes contestar con un sacrílego sarcasmo á mis palabras; pero en su día tendrás que responder á los cargos que te se hagan ante un juez inexorable que no deja nada sin castigo.

—Por fin—contestó Ernesto Alvarez—me conviene que me firmes este documento, y me lo firmarás.

—Nunca!—exclamó Elvira con soberana energía.

—Me lo firmarás, repito—dijo Ernesto Alvarez—rugiendo de ira y en actitud amenazadora.

—¡Jamás! ¡jamás!

Ernesto Alvarez lanzó un sordo rugido, y sacando un puñal que llevaba oculto en la cintura, se abalanzó á ella, y cogiéndola del brazo con mano nerviosa, gritó con trémulo acento y desencajada mirada:

—¡Oh! lo firmarás ó te atravesaré el corazon.

La niña al ver brillar el puñal sobre la cabeza de su madre prorumpió en amargo llanto, y se abrazó á ella.

—¡Hija mia!—exclamó Elvira.

—¡Lo firmarás, vive Dios! lo firmarás!—repitió aquel infame arrastrándola por el suelo y próximo á descargar el golpe homicida.

La pobre niña se agarraba más á su madre, llorando amargamente y siendo arrastrada con ella.

—¡Nunca! nunca! firmaré lo que fuera la miseria de mis hijos—no cesaba de repetir aquella infeliz.

Por fin Ernesto lanzó un terrible rugido, y fué á descargar el mortal golpe.

Elvira lanzó un agudo grito.

En aquel momento se separó la enramada y apareció un hombre.

Ernesto quedó como petrificado ante la vista de aquel hombre, procurando esconder el puñal, de que estaba armada su miserable mano.

CAPÍTULO LIV.

El documento.

El hombre que acababa de impedir la criminal acción que iba á cometer el miserable Ernesto, era el mismo que les seguia los pasos desde el ventorrillo donde se apearon de la tartana, era, como tal vez hayan ya comprendido nuestros lectores, el célebre Gato.

Ernesto Alvarez, seguramente por el tiempo que habia transcurrido desde que aconteció la escena de la calle de Alcalá que en su respectivo lugar referimos, no tuvo presente que se hallaba cerca de Sierra Morena, y que por consiguiente corria el riesgo de tropezar con el bandido cuando ménos lo esperase.

Nada es de estrañar, por otra parte, puesto que una pasion como la que aquel miserable sentia llega á dominar y á cegar de tal modo, que el hombre no es árbitro de su voluntad y se precipita por completo, arrastrado por su soberana influencia.

Y al obrar de aquel modo, Ernesto Alvarez obedecia á aquella pasion que le tenia supeditado.

El Gato salvó de un brinco el muro de ramaje que le separaba de aquel desdichado, y corrió hácia él, con ademan amenazador.

Elvira se le interpuso exclamando:

—¡ Es el padre de mis hijos!

El Gato se detuvo diciendo:

—Siempre has de tener la suerte de que acuda á protegerte este ángel.

Ernesto bajó la cabeza trémulo y verdaderamente poseido del más terrible pánico.

—Habia jurado matarte—añadió el Gato—y á pesar mio, me veo obligado á faltar á mi juramento, lo cual no mereces por cierto, porque un mal bicho como tú no debe existir en el mundo, para que no se convierta en verdugo de víctimas como esta que tienes delante.

Ernesto Alvarez no se atrevia á levantar los ojos.

El Gato añadió:

—Mas no por esto te creas á salvo de mis manos. Tengo el presentimiento de que has de morir entre ellas, y el día que por desgracia te interpongas en mi camino sin ese ángel que te escuda, de seguro las pagas todas juntas. Por consiguiente, procura bien mirar lo que haces, porque mientras yo exista, mientras me quede un momento de vida, has de temer al vengador de cuanto á esta infeliz le hagas.

Ernesto hubiese querido en aquel momento ocultarse debajo de tierra; tal era el terror de que se hallaba poseido.

Elvira no se separaba del sitio donde habia ido á colocarse para servirle de escudo, abrazada á su hija, que la pobrecilla no cesaba de llorar, lanzando de vez en cuando temerosas miradas á su padre y á aquel hombre á quien no conocia, pero que á pesar de su imponente aspecto, le causaba mucha menor repugnancia que el autor de sus dias.

Despues de una breve pausa, el Gato añadió:

—He oido las últimas palabras de la víctima, y he visto las últimas acciones del verdugo. Dame ese puñal que aun conservas en tu mano y que en vano tratas de ocultar.

Ernesto le alargó aquella arma, temblando.

—Este puñal—repuso el Gato—lo conservaré para hundírtelo en tu infame corazon el día de la justicia.

Y metióse el puñal en el cinto.

—Ahora—repuso en seguida—dame ese papel que tanto empeño tenias en que se firmara.

Ernesto Álvarez le entregó el papel sin vacilar.

Era un documento por medio del cual Elvira confesaba deber á Adela Gomez una cantidad exorbitante, que casi equivalia al total de su patrimonio.

Igual infamia quizás no se registre en los anales de la humanidad.

El Gato leyó aquel documento, y exclamó con la mayor indignación:

—¡Esto es lo más inícuo que hayan podido ver los hombres! Porque supongo que la persona que figura aquí como acreedora, será lo que me causa vergüenza nombrar, sin embargo de ser yo lo que el vulgo llama un bandido, y pasar el miserable por persona decente.

É hizo el papel mil pedazos, arrojándolos á sus piés con sin igual desprecio.

Á esto siguióse algunos minutos de silencio.

—Segun tengo entendido—dijo el Gato de pronto, dirigiéndose á Elvira—posee usted aquí cerca una finca, y tal vez con el pretexto de ir á ella la han conducido á este sitio.

—Allí íbamos—contestó sencillamente Elvira, como desentendiéndose de las últimas palabras.

—Entonces, si usted no tiene inconveniente, me permitiré acompañarla hasta allí.

—Con tal que no le pueda sobrevenir á usted perjuicio alguno, me alegraré mucho.

—Pues cuando usted guste, nos pondremos en marcha.

Elvira dirigió una mirada á su indigno esposo, que continuaba cabizbajo y abatido.

—¿Qué dices, Ernesto?—interrogó la bondadosa mártir.

—Por mi parte, lo que quieras—contestó aquel solemne canalla con temeroso acento.

—Usted dispondrá, pues—dijo Elvira al Gato.

—Á mí no me toca sino obedecer siempre las órdenes de usted, señorita—contestó el bandido.

—Observo que se va haciendo tarde—dijo Elvira—y aunque es corta la distancia, no es muy agradable andar por estos parajes de noche.

—Á no ser por el mal piso, no hay ningun cuidado—observó el Gato.

—Por eso hablo.

—Siendo así, vamos andando.

—¿Vamos, Ernesto?—preguntó Elvira.

—Vamos—contestó el preguntado.

—Ven, hija mia—dijo el Gato á la niña—pues para mí serás una carga muy ligera, y para tu madre serias muy pesada; aparte de que

á una madre como la tuya no ha de fatigarla nunca la carga de una hija.

—Tiene usted razon—afirmó Elvira dejándose llevar de un maternal impulso—iría á la otra parte del mundo con mi hija en brazos, si fuese necesario.

—¿Quieres venir con papá?—preguntó Ernesto con cierto emba-razo.

El Gato le arrojó una mirada de desprecio, y dijo:

—Á usted sí que le pesaría demasiado.

El ruin padre no se atrevió á replicar ni una palabra.

—¿Quieres ir con el señor?—preguntó Elvira á la niña.

Ésta, como si tuviese el suficiente uso de razon para comprender lo que allí pasaba, contestó con un monosílabo afirmativo.

El Gato la tomó en brazos, y echaron á andar.

Ernesto Alvarez, como si abrigase cierto recelo respecto á las in-terenciones de aquel hombre que tanto terror le infundia, esperó que pasara él delante.

El bandido hizo como que no se apercibia de ello, y tomó la de-lantera, sirviendo de guia, sin embargo de que no la necesitaban.

Al poco rato llegaron á la casa de campo de la pertenencia de Elvira.

Era la hora en que la gente del campo empezaba á abandonar su trabajo, y el arrendador de la finca estaba en la puerta esperando los mozos de la labranza, cuando distinguió á nuestros tres personajes y la niña que hácia allí se dirigian, y al reconocer entre ellos á su se-ñora, empezó á dar voces llamando á su mujer y á los demás de la familia para que salieran á recibirla.

Todos corrieron á su encuentro alborozados, haciéndole el reci-bimiento que Elvira con justo motivo esperaba.

Como nada sabian de las relaciones que existian entre nuestra jó-ven y el bandido, no dejó de sorprenderles y estrañarles en gran ma-nera aquella compañía, lo cual sin embargo se abstuvieron de mani-festar en lo más mínimo, aguardando mejor ocasion para satisfacer la natural curiosidad que en ellos despertara.

El Gato significó sus deseos de retirarse.

Elvira se empeñó en que se quedara allí aquella noche.

El bandido se resistió, pero por fin concluyó por acceder, demos-trando que en ello hacia un verdadero sacrificio.

Aquella familiaridad, aquella íntima confianza, les pareció á aque-lla gente mucho más chocante.

Por fin, penetraron todos en la casa, y aquella noche se pasó la velada desviviéndose todos en obsequiar á su señora, á la cual, como se ha dicho, profesaban el más entrañable cariño.

Á las primeras horas del día siguiente, el Gato abandonó aquella morada, para dirigirse á su nido de águilas.

CAPÍTULO LV.

LA MUJER MÁRTIR.



CAPITULO LV.

La vuelta á Madrid.

Habiéndosele frustrado á Ernesto Álvarez aquel infame proyecto, no le convenia permanecer mucho en Elche, y desde luego procuró apresurar su partida para Madrid.

Como de costumbre, trató de hacer méritos para borrar las huellas que su mala accion hubiese podido dejar en el ánimo de su víctima, y á poca costa consiguió obtener el perdon de la que no sabia guardar odio ni rencor alguno, aun á sus mayores enemigos.

A los pocos dias entraban en la córte, donde les esperaban el asistente y la criada, que ya tenian casa tomada y en disposicion de recibirles.

Los primeros pasos de Ernesto fueron dirigirse al Ministerio de la Guerra y presentar el certificado de la Junta de Alicante, que le valió un ascenso.

Como sabemos, sus méritos no contraidos, sus servicios no prestados, le valieron otro ascenso en otra situacion completamente opuesta á la que acababa de entronizarse.

Esto prueba que en nuestro pais no medran los que lo merecen, sino los que se saben manejar.

Luego de esto, Ernesto Alvarez se apresuró á poner por obra el

proyecto de que se trasladara Eduardo Velazco á Madrid, como tenían concertado con Adela, para lo cual sirvióle de apoyo aquel cambio político que de tal modo acababa de favorecerle.

Es de advertir que no habia descuidado el procurarse algunas relaciones entre ciertos magnates de la situacion, valiéndose de todos cuantos medios estaban á su alcance.

El resultado fué que seducido por sus ofrecimientos y empujado al propio tiempo por su infame esposa, el infeliz Eduardo Velazco se decidió por fin á trasladarse á la córte.

Aquel era el principio de una nueva série de sufrimientos y de dolores para nuestra mártir.

Mientras tanto el marqués del Peral habia averiguado la llegada á Madrid del que hacia hervir en su pecho la venganza, y de la que inflamaba la pasion devastadora é impura que abrasaba su corazon.

La detencion que hizo Ernesto Alvarez en Alicante y en Elche, fué motivo de que el marqués llegara antes á Madrid.

Desde el primer momento procuró los pasos necesarios para adquirir un agente dentro del Ministerio de la Guerra, que pudiera informarle del paradero del que constituia su principal objetivo; de modo es que tan pronto como puso sus piés en la córte, recibió el consiguiente aviso.

Manolo, que era en esta ocasion el intermediario, á consecuencia de la falta del secretario, se apresuró á trasmitirle aquella noticia de una manera para él inesperada, puesto que le dijo:

—Ha llegado ya ese sugeto, que por cierto no sabia fuese el mismo que yo sospechaba.

El marqués se sorprendió al oir esta última declaracion.

Hasta entonces, Manolo habia ignorado todo lo relativo á la aventura de Elvira, y si bien al encargarle de hacer aquellas investigaciones en el Ministerio de la Guerra, se le dijo el nombre del sugeto, pensó que era muy fácil que no hubiese en el mundo uno solo que llevara aquel mismo nombre y apellido, lo cual vemos que sucede á cada paso.

—Te sorprende sin duda—repuso Manolo—lo que acabo de indicarte.

—En efecto—contestó el marqués.

—Hace algun tiempo que conozco á ese sugeto á quien tú no llegaste á conocer por una casualidad.

—¿Cómo!

—Lo que oyes, pues es el mismo á quien hirieron por causa del Gato en la calle de Alcalá.

—¿El marido?....

—Precisamente, el marido de la que fué señora de la que es hoy tu esposa.

El marqués se quedó sin saber lo que le pasaba.

—¿Luego, ella es?....—interrogó el marqués despues de breves minutos, sin acertar á salir de su asombro.

—No sé qué contestarte—observó Manolo—puesto que hasta ahora no te has dignado darme conocimiento alguno de esa historia; pero suponiendo la persona á que te refieres, repetiré, por si acaso no lo has entendido bien, que es la que fué señora de Margarita.

—Hay casualidades que parecen como milagrosas—exclamó el marqués como hablando consigo.

—Y esas casualidades—observó el administrador, para quien no pasaron desapercibidas aquellas palabras—suelen producir algunas veces resultados más ó ménos fatales.

—Siempre estás á vueltas con tus funestos presentimientos.

—Me gusta ser previsor.

—Ni él ni ella me conocen para nada.

—Pero ella conoce muy de cerca á la señora marquesa, y él me conoce á mí.

—Lo cual nada supone para el caso.

—No sé lo que tengas que ver con ellos, pero te aconsejo que vayas con cuidado, porque á veces las cosas se enredan de manera que sucede lo que uno ménos imagina.

—No echaré en saco roto tu consejo, pero debes tener en cuenta que no soy tan estúpido.

—Al mejor cazador se le va una liebre.

—Sin embargo, á mí te aseguro que no se me irá.

—Eres porfiado como tú solo, y adolecas de una debilidad que te puede costar muy cara.

—Ya empiezas con tus constantes sermones.

—Porque me pones en el caso para ello con tus abusos y desaciertos.

—No parece sino que te se haya autorizado para ejercer sobre mí cierta tutela.

—Creo que tengo el derecho que me arrego para obrar de este modo, puesto que nuestros intereses están tan íntimamente ligados.

THE HISTORY OF THE

The first part of the history of the

of the

The second part of the history of the

of the

The third part of the history of the

of the

The fourth part of the history of the

of the

The fifth part of the history of the

of the

The sixth part of the history of the

OBRAS EN PUBLICACION.

EL PRIMER AMOR, por *Álvaro Carrillo*. Se reparte por entregas de ocho páginas, á UN cuartillo de real una. Daremos un cuaderno semanal que contenga 64 páginas, ó sean 8 entregas, al precio de 2 rs.

La adornan preciosas láminas debidas al lápiz del reputado artista Sr. Planas.

Toda la obra constará de 25 á 30 cuadernos.

LA MUJER MÁRTIR, por *D. Juan Gonzalo de la Selva*. Se repartirá por entregas de ocho grandes páginas en cuarto, á MEDIO real cada una en toda España.

La adornan preciosas láminas debidas al lápiz del reputado artista Sr. Planas.

Daremos con toda exactitud un cuaderno semanal con 4 entregas, ó sean 32 páginas, á 2 rs.

Toda la obra constará de 25 á 30 cuadernos.

OBRAS TERMINADAS Á LAS QUE SE ADMITE SUSCRICION.

LAS MUJERES DE CORAZON, novela de costumbres, escrita por *Álvaro carrillo* y adornada con magníficas láminas debidas al lápiz de los aventajados artista D. Eusebio Planas y D. Tomás Padró.

UN cuartillo de real la entrega.

Toda la obra consta de 20 cuadernos de 2 rs. cada uno.

HISTORIA DE GIL BLAS DE SANTILLANA, adornada con bonitas láminas sueltas del reputado artista D. Tomás Padró.

UN cuartillo de real la entrega.

Toda la obra consta de 15 cuadernos de 2 rs. cada uno.

LAS RAZAS HUMANAS, por *Luis Figuer*, edicion de gran lujo, con papel glaseado, magníficas láminas sueltas, y grabados intercalados en el texto, debidos al lápiz de los primeros artistas de Europa.

UN cuartillo de real la entrega.

Toda la obra consta de 22 cuadernos de 2 rs. cada uno.